

fria y como dicen los Hermanos de la Hoja: *con astucia y reflexión, se aprovecha la ocasión*, reflexionemos.

— Desde que me comenzó vd. á contar la aventura de su amigo Palma, se me paseó por la mente hacer una diablura de las mías. ¿Conserva vd. por casualidad los despojos cambiados en la acción de marras? — Sí, D. Pepe, por curiosidad ahí los tengo en mi papelera para eterna memoria. — Pues al avío, andando que el sol se mete, como dice el charro Alejo, démelos vd., es imposible que esa mujer se acuerde de las facciones de Palma, y luego en veinte años se desfiguran tanto los hombres, voy á representar su papel, á recordar su agravio, á confundir á esa maldita, á aterrorizar á esa furia, á desmascarar á doña Pomposa, á imponerle la ley á la miserable Amalia la bulli bulli; ya le conozco el juego, sé su condición, y la sorteada no es de ningún riesgo, es necesario á esta gente hablarle en su idioma, ya el diablo la cogió entre ojos, y no se escapa de mi garra, tráigame esas apreciables prendas porque á ellas y á la astucia les deberemos nuestro triunfo. — Pero, amigo D. Pepe, ¿ha meditado vd. su plan? — Sí, señor Garduño, ya está formado, vengan esas chácharas, no seré Pepe el Diablo, sino un verdadero demonio, si mañana á estas horas está esa capulina por aquí, se lo ofrezco por el honor de los Hermanos de la Hoja, porque éstos serán su pesadilla, el coco que la asuste y la mordaza que le impida el uso de la palabra.

Se metió el señor Garduño, y á poco entregó á Pepe una navaja de muelle con cache de concha, y un arete chinesco diciendo: — Que Dios lo saque con bien, señor D. Julio Palma, comerciante en partidas de mulas y caballada. — Eso fué *in illo tempore*, hoy no es más que Pepe el Diablo hermano de la Hoja, es el tiempo tan variable; no me dilato, y mirando su reloj dijo: — Son las cuatro, en una hora de buena conversación recordaremos nuestra vida pasada, somos conocidos viejos, y carbón que ha sido lumbre, con facilidad se prende; á las cinco ó antes volveré para que me dé las albricias. Llegó Pepe á la casa de doña Pomposa, y antes de entrar al zaguán salía por él D. Tranquilino muy enojado echando mil maldiciones con su voz aguardentosa. — Vd. dispense, caballero, dijo Pepe, ¿es ésta la casa de la señora doña Pomposa? — Sí, ¿y qué?

contestó aún colérico. — Según me parece, ¿vd. será por ventura su esposo? Me han dado un encargo y necesito hablarle. — ¿Por ventura su esposo? ¿por ventura? ¡por mi desgracia, por castigo de mis pecados! ¡Maldita sea la hora en que enredamos el trompo! cada día es más exigente, yo no soy el amo de la casa, soy su muñeco, un estropajo, me manda con la punta del pie, y luego es tan claridosa que se ofendería un santo, luego luego salen las champadas, que me viste, que me calza, que me mantiene mis vicios, que soy un inepto, quiere que le sirva al pensamiento; esto no es vida, es un infierno. ¿Dónde voy á indagar quién ha soltado esas especies que tanto han ofendido su delicadeza? yo no conozco á nadie, y á buena hora salen con esos remilgos y patrañas, y luego ¡Santo Dios! á lo que llegan las gentes, siempre será negro lo negro, blanco lo blanco, en fin, caballero, pase vd. á verla, quizás así se le olvidará el moleme con su encargo.

Pepe entró, llamó en la puerta vidriera de la sala, y salió doña Pomposa á abrir. — Señora, á los pies de vd., dijo Pepe quitándose el sombrero. — Beso á vd. la mano, caballero, contestó ella, tenga vd. la bondad de pasar adentro y tomar asiento. Entró Pepe, hizo una caravana á la niña que estaba cerca de la ventana sentada en una butaca leyendo, le contestó con una inclinación de cabeza y continuó hojeando el libro, se sentó Pepe y doña Pomposa hizo lo mismo.

— ¿Tengo el honor de hablar con la señora doña Pomposa? — Una fiel servidora de vd., y le hizo un dengue que por poco suelta la carcajada el visitante. — ¿Y á qué feliz casualidad tengo la honra de recibir su visita, caballero? — Señora, no es por ventura feliz la casualidad, sino todo lo contrario, soy por mi desgracia el ave de mal agüero, el mensajero de fatales noticias; pero nadie está safo de una mala hora, tenemos la vida pendiente de un hilo, y... en fin, ¿para qué he de atormentar á vd.? según se conoce á primera vista no es vd. persona vulgar, y por lo mismo recibirá las cosas con más calma sin embargo es mujer, yo bien quise excusarme de semejante encomienda, pero una súplica salida de los labios de un moribundo es un mandamiento que lleva consigo la obligación de cumplirlo, ármese vd. de valor, y... — ¡Por el honor

de Dios! señor de... — Julio Palma, servidor de vd., señora. — ¡Palma!... ¡Palma!... No recuerdo si he visto á vd. en alguna otra parte, aunque la fisonomía y apellido creo que no me son desconocidos. Pero, señor de Palma, ¿dígame vd. por vida suya? ¿cuál es esa fatalidad que me persigue, quién es ese moribundo, y cuál el encargo que le hizo?

— ¿Conoce vd., señora, á Atanasio Garduño, un joven contrabandista de los Hermanos de la Hoja? pues... — ¡No prosiga vd., caballero! ya adivino todo, solo este golpe me faltaba para ser la mujer más desgraciada. ¿Pero qué te sucede, Adelita? estoy con vd., señor de Palma. ¡Jesús, niña! cada día estás más delicada; vamos para adentro, apóyate en mi brazo. La niña estuvo escuchando el preludio, y en cuanto oyó decir el nombre de Atanasio, se le cayó el libro de la mano y se agachó como si mirara el suelo, la madre la hizo meterse y dejándola en la cama, volvió á ver á su visita que luego le preguntó: — ¿Qué es cosa de cuidado lo que le ha dado á esa encantadora niña? — No, señor, uno de los repetidos ataques de sus nervios, todo eso más tengo que agradecer á ese hombre, desde que se apasionó mi niña de él, cada día está más rematada. — ¡Cómo! ¿esa niña se apasionó del contrabandista, de ese barbaján? ni me lo diga vd., señora. — Sí, señor Palma, y la cara se me cae de vergüenza al confesarlo, ¿pero qué quiere vd. que haga una tierna madre? tenemos las frágiles mujeres unas debilidades. — Pues, señora, sin que se ofenda vd. le declaro que su niña ha tenido una desacertada elección y la creo digna de mejor suerte, ¡un arriero! ¡un Hermano de la Hoja! me parece increíble, y yo no sé cómo vd., señora, que desde luego da á conocer su talento y buenos principios, no se ha opuesto, ¿sabe vd. por ventura quiénes son esos hombres? — Demasiado, señor de Palma, demasiado, ellos tienen la culpa de que ese joven se haya malogrado, lo han sonsacado y buscádole su perdición, ya estoy bien informada y Dios los libre de mi rencor, con cualquier cosa que yo diga, con cuatro letras que ponga caen en la ratonera, figúrese vd., señor de Palma, que estoy muy relacionada, que tengo mucho influjo con personas que me aprecian, que me deben favor, subo y bajo las escaleras de Palacio y entro á los ministerios como

en mi casa; nada me cuesta denunciarlos, y como Tranquilino averigüe algo y se confirmen mis sospechas, ya está que me la pagan los tales contrabandistas, principalmente ese maldito de Pepe el Diablo que según me dicen es el más audaz y perverso, pues nadie me quita de la cabeza, que él ha sido el autor de esas hablillas que difaman mi honra, y por eso es que todas estas gentes me miran con desprecio.

— ¿Pero en qué funda vd., señora, sus sospechas? — En el dicho vulgar, en lo que todos me dicen, no ha habido persona de quien me haya valido para indigar, que no me salga con una misma respuesta, diciéndome: — Sólo el diablo, niña, el diablo que en todo se mete, el diablo que no duerme, el diablo que en todas partes mete la cola, y en fin, todos de distintas maneras sólo al diablo culpan, es así que por aquí es muy conocido el susodicho Pepe el Diablo, luego es claro que ése ha sido y no otro el que me anda desacreditando y difamando mi bien sentada reputación, yo quisiera saber dónde se encuentra, para decirle cuantas son cinco y hacerle entender que una mujer de mi calibre, es capaz de confundirlo de veras en el infierno, me ha tocado en la parte más noble, en mi honor y he de tener el gusto de hacerlo arrastrar una cadena y... A este tiempo se oyó adentro un ruido como de algún mueble que tiraban al suelo, y gritó doña Pomposa: — ¡Jesús, Jesús! esa criatura se mató; dispéñeme vd. un momento, señor de Palma, no dilato, y se metió á la recámara, ínter tanto Pepe estudió su papel, advirtió el rasgón de la oreja izquierda, y fastidiado de tanta habladuría, se propuso terminar cuanto antes su misión.

Salió á poco rato doña Pomposa diciendo: — Ya le va pasando, y se sentó al frente de Pepe sobre una poltrona; éste tomó la palabra diciendo:

— Señora, nos hemos desviado del asunto que aquí me trajo, mi tiempo es limitado, y debo cumplir con una encomienda; ya le dije que los encargos de un moribundo, son mandamientos, pues bien, estoy encargado de poner en sus manos estas prendas que le deberán ser muy conocidas. Y sacando el arete y la navaja, se las enseñó.

Las tomó ella, las vió por todas partes, y soltando una car-

cajada, dijo devolviéndolas : — Ja, ja, ja, ¡vaya unas prendas! y ¿quién se las ha dado á vd.? ¿para quién son? creo que vd. ha equivocado su comisión. — No me las han dado, las he quitado, y son para vd., señora. — Cada vez entiendo menos este enredo, si vd. no se explica me mete en un laberinto.

— Dice vd. muy bien, me explicaré, le hablaré en su idioma y como debe hacerlo un hombre ofendido: Se paró, y metiéndole hasta los ojos la mano con la navaja y el arete, le dijo : — Amalia la Tapatía, ¿conoces estas prendas? ¿no recuerdas, infame, que Julio Palma, el comerciante en partidas de animales, te quitó esta navaja de las manos en el lupanar de la calle de Venero, cuando trataste de asesinarlo? Mira, miserable, señalados aquí tus dientes; tiéntate esa oreja rasgada de donde pendía este arete; algún día había de tomar venganza de mi agravio; tu misma navaja te traspasará el corazón, ¡maldita! ¡Concluyamos! Y abrió la navaja é hizo ademán de darle con ella.

A cada palabra y señas que relataba Pepe, crecía su sorpresa, mudaba de color, temblaba de miedo, y al ver su atrevido ademán, no dudó que era el último instante de su vida, se le hicieron presentes sus hechos depravados y no pudiendo ya resistir, se puso con las manos enclavijadas, alzó la cara cadavérica diciendo con voz suplicante : — ¡Perdón, Julio Palma! ¡ten compasión de mí! — *¡De rodillas, miserable, de rodillas! invoca á Dios para que te perdone,* Amalia la Bulli bulli. Le dió un tirón de un brazo y la hizo pegar un par de rodillazos en el suelo, separándose algún tanto y disponiéndose de nuevo para matarla. Anduvo de rodillas tres ó cuatro pasos repitiendo llena de espanto y temblorosa : — Perdóname, Palma, estoy en pecado mortal, no echas mi alma al infierno, mi condenación es segura, tú cargarás con ese delito. Y llorando de miedo se abrazó de las piernas de Pepe.

— Suéltame, Amalia, tu tacto me irrita más, no me obligues á asesinarte, y de un empujón se la quitó. — Por el amor de Dios, Palma, no me mates : es verdad que fui una eriminal, tienes mucha justicia, pero te pido perdón postrada á tus plantas; si, me lo otorgas, te serviré en cuanto quieras, seré tu esclava, pondré á tu disposición mis intereses y...

— Es que tengo que imponerte condiciones. — Pues yo te juro por esta santa cruz cumplirlas, pero retira esa arma, baja la voz para que no nos escuchen, y dame tu perdón.

— No, no te lo doy, suspendo mi venganza y nada más : levántate, venenosa serpiente. Y dándole un furioso agarrón de un brazo que le hizo pegar un grito; se paró más que de prisa y luego le dió un sentón en la poltrona doblando la navaja con marcado coraje. — Gracias, Palma, gracias, pero mitiga tu cólera, impónme tus órdenes. — Vamos á otra cosa primero : ¿sabes, Amalia, con quién estás hablando? con Pepe el Diablo; dime cuántas son cinco, confúndeme en el infierno, mujer de Satanás. — ¡Cómo! qué ¿no eres Palma? — Ese fué mi primer nombre como el tuyo Amalia, ahora soy tan Diablo como tú Pomposa, así son las cosas del mundo, á mí me dió por ostentar diabluras para cubrir á Palma, porque siendo contrabandista no se manillara mi propio apellido, á ti te dió por ostentar el nombre de Pomposa y con pompas é hipocresías echar tierra á tu nombre prostituido, á tu vida encenegada en el vilipendio de tu exceso, siendo la escoria de la sociedad y una pública sabandija arrastrada al más inmundo fango, en vano tratas de querer presumir lo contrario cambiando el zagalejo á media pierna por ese túnico largo, el rebozo calandrio por un tápalo de lana, los zapatos de raso blanco por unas babuchas negras; en todas partes eres conocida, llevas contigo el merecido desprecio, y sólo puedes confundirte en donde haya mucha gente que no te conozca. Tú misma me has confesado que tienes influjo y dinero, sé de cuánto puedes ser capaz, y te prevengo, que desde este instante serán espiaados todos tus pasos y vigiladas tus acciones; nosotros los Hermanos de la Hoja, también tenemos relaciones y pesos; no entramos á los ministerios ni subimos las escaleras de Palacio como si fuesen las de nuestra casa, pero tenemos mucho más poder, y esta navaja, mirala bien, Amalia, será la que te despene cuando menos lo esperes; cualquier contratiempo que nos sobrevenga ya sé de dónde procede; cuidate mucho de las cuatro letras, una denuncia, ni trates de meterte con nosotros : somos muchos, tenemos ramificaciones por todas partes, y muy poco nos cuesta quitar de en medio, un reptil venenoso como tú, y ya lo sabes por experiencia, al diablo nada se le oculta. Te he

hablado con toda claridad para que me comprendas y no te expongas; ese casamiento que tratabas de hacer, desde este instante se desbarata, querías quitarnos un leal y valiente compañero, querías contagiar con tu pública mala fama á una familia honrada, sólo porque tu hija tuviera un legal apellido, pues nada de semejantes cosas consentiremos jamás los Hermanos de la Hoja; ahora para terminar esta odiosa declaración, sólo me falta prevenirte que luego luego mandes disponer tus cosas y te largues de aquí; si antes de la salida del sol de mañana, no has pasado el puente con dirección para México ó para dónde se te antoje, no respondo de tu existencia, y cuidado cómo vuelves á poner un pie por estos rumbos ni de paseo, esa es mi condición. — Pero Palma, ¿y mis intereses? — Véndelos, regálalos antes que yo te los quemé y perezcas con ellos. En esto se oyó la tos de don Tranquilino que venía dando de bastonazos por el corredor. — ¿Qué sucede? dijo Pepe como volviéndose á enojar. — Dame siquiera tres días de plazo. — Ni un minuto más. — Pues ayúdame á engañar á... y con un dedo hizo seña al borrachento que entraba por la puerta, continuando en voz alta: — Pues, señor, es urgente, es de todo punto preciso violentar mi marcha, porque si fallece el licenciado todos mis negocios se paralizan. ¿Qué dices, Tranqui, qué mal estamos? El viejo que se oyó tratar con dulzura y jovialidad, cuando esperaba una eterna regañada porque no había hecho nada del encargo, se arrimó poniendo lo mejor posible su semblante amoratado preguntando: — ¿Qué hay, qué sucede, Pompita? — Qué ha de suceder, hijito, una fatalidad, el licenciado N. está gravemente enfermo según me ha dicho este caballero que viene de México y me trae esa noticia, ¿no es verdad? — Sí, señora, muy grave, contestó Pepe. — Y tú dirás, prosiguió diciendo Pompita, tiene todos mis papeles, los expedientes, escrituras de los reconocimientos, en fin, si no los retorojo con tiempo todo se trastorna, y sabe Dios si tal vez sufren algún extravío, yo la verdad estoy por recibir el consejo del señor, partir inmediatamente antes de que otra cosa suceda; ¿qué te parece, Tranqui? — Muy acertado, Pompita, y para que veas que no soy posma como luego me dices y que de nada sirvo y... — Dejemos la fiesta en paz, no empieces con tus majaderías. — Me callo, y voy á mandar á Celso que traiga las

mulas y disponga la carretela porque sin duda nos iremos temprano, á las nueve, ¿no, mi alma? — ¿Qué estás disparatando! á las cuatro de la mañana, el sol me causa jaqueca y... — Pero, niña, ¿no ves que no puedo madrugar, y luego me pellizcas porque me voy durmiendo por el camino? — Te quedarás si no te levantas. — Pues no, señor, ni me quedo, ni me levanto, me acomodo desde esta noche en la carretela, y macharemos á la hora que gustes.

— Pues, señora, dijo Pepe lavantándose y tomando su sombrero, no le haga yo á vd. malaobra en las disposiciones de su viaje, y le repito á vd que Julio Palma está siempre listo á cumplirle lo que le tiene ofrecido; si acaso viere vd. en México á su antigua conocida Amalita, sírvase darle una expresión. — Haré presente el favor de vd. — Señor D. Tranquilino, feliz viaje y no hay que desvelarse. — No, amigo mío, no tenga vd. cuidado, ya lo dije, me acurruco desde esta noche en mi asiento, y que salga el sol por Antequera. Doña Pomposa salió á dejar á su visita y en el tránsito le dijo: — ¿Qué no me permites siquiera una vez venir á ver mis intereses? — Puedes hacerlo en cuanto quieras arder con ellos. — ¿Y nos volveremos á ver? — Sí, pero ese día te llevará el diablo en cuerpo y alma para los verdaderos infiernos. Adiós, Amalia, no olvides jamás estas prendas, de una depende tu reposo, de la otra tu existencia, adiós.

— Adiós, Palma, le respondió muy curtida teniendo como á milagro haber quedado con vida, tal fué el miedo que le infundió Pepe, y lo bien que representó su papel. La conciencia nada limpia de la Pompita la hizo ser como todo criminal cobarde y temerosa, no ponía ninguna duda en que Palma ó el Diablo cumplieran sus ofrecimientos, se creía vigilada continuamente; no se le olvidaba aquella hermosa navaja de dos filos que podría metérsele por alguna oculta mano, y como no se contemplaba segura, nunca trató de quererse vengar de los Hermanos de la Hoja, y afanosa se puso esa misma tarde á disponer su marcha, prescindiendo de cuanto por allí tenía, que se reducía á muchos muebles viejos; porque lo de la hacienda no era más que una triquiñuela de doña Pomposa con el licenciado, que trataban de quedarse con ella, siendo el uno síndico del concurso,

y la otra el maniquí para los enredos, en que estaba bastante adiestrada.

Pepe volvió en casa del señor Garduño mucho antes del plazo que le fijó, diciéndole: — Las albricias, amigo mío, porque el diablo se ha salido con la suya, ja, ja, ja. Y se precia de risa al recordar la escena.

No cabía de gozo el señor Garduño, se reía también por contagio pues aun ignoraba los pormenores que le contó Pepe con exactitud. — De veras, D. Pepe, que solo el diablo podía haber ahuyentado á esa mujer, lo dicho dicho, se lo agradezco en el alma, y no sé cómo demostrarle mi agradecimiento. — Con una cosa muy sencilla, señor Garduño, con hacerme el favor de escucharme con calma en lo que le voy á comunicar, y con la franqueza que le es característica me diga su parecer; ahora cambiamos los papeles, vd. es mi juez y le ofrezco desde ahora acatar sin réplica su resolución. — Hable vd., D. Pepe, y cuente con mi beneplácito desde luego, yo no le puedo negar nada de cuanto me pida, me acaba vd. de hacer un eminente servicio, lo estimo como amigo sincero, lo amo como á un hijo, y en una palabra, soy todo de vd. — Pues, señor, supuesto tan buena disposición, voy á explicarme: vd. sabe muy bien que los Hermanos de la Hoja, hemos hecho intereses comunes, *Todos para uno, uno para todos*, en esta inteligencia, tomamos parte muy activa y nos auxiliamos mutuamente en todo cuanto concierne á nuestro bienestar, por eso ha sido que yo he tomado á nombre de mi hermano una parte muy activa en el negocio, que casualmente ha tenido feliz resultado, y ahora todos tenemos empeño en que casando á Tacho, el muchacho se ponga en juicio y se eviten para lo sucesivo toda clase de disgustos como los que acabo de arreglar. Hace algún tiempo que está en pretensiones de casarse, y últimamente nos confesó que sólo se lo impedían dos cosas poderosas, la falta de recursos, y el beneplácito de vd.; respecto de lo primero, ya cuenta con quinientos pesos, pues cada uno de nosotros le facilitaremos cien, y para lo segundo, vengo á nombre de mis hermanos y en particular de Tacho á pedirselo á vd., señor Garduño. — Pero, D. Pepe, por lo que miro ese maldito muchacho es el mismo judas, por todas partes pretende, ¿pues no estaba ena-

morado de la Rubia pálida? — No, señor Garduño, jamás lo ha estado, empezó por un simple pasatiempo, la difunta Amalia lo vió simplón y sin mucha dificultad ayudada de la Romántica, me lo iban entompeatando, de manera que sin saber se metió en un compromiso, que á otro que no hubiera tenido nuestro apoyo, se lo meriendan bonitamente. La muchacha con quien está verdaderamente comprometido, es una infeliz huérfana de padre y madre, está atendida á sus manos bajo la sombra de su hermana mayor, casada con un contrabandista mutilado á quien nosotros favorecemos. Aun no cuanta diez y ocho años, es media lamidita, muy mujer, con un genio de fiesta que desde luego da á conocer un corazón inocente, sumamente franca, jovial y candorosa sin dejar de ser muy viva, no tiene una pizca de malicia, en fin, señor Garduño, es una muchacha de *honra y provecho*, que sin disputa hará la felicidad de cualquier hombre de bien. Cuando vi la irresolución de Tacho, me revestí de autoridad, y habiéndome propuesto escudar á Camila [este es su nombre] como si fuera su padre, lo obligué á que me dijera su resolución definitiva, que sin vacilar fué por mi protegida, por mi hija adoptiva.

— D. Pepe, contestó el señor Garduño, al irse de aquí Atanasio, le dije que con mucho gusto le daría el título de hija á una molendera, y no á esa niña Adela que viste trajes de seda, los motivos ya los sabe vd.; pues considero más honrada á una india de chincuete con su metlapil en la mano, que á esas señoras sentadas en su carretela dándose aire con el abanico. Vd. ha tomado parte activa en los asuntos de mi hijo, por esto le doy las debidas gracias lo mismo que á los señores sus hermanos, á todos les vivo muy reconocido por su desinterés y fraternidad; en sus manos pongo la suerte de mi hijo, delego en vd. mis facultades, haga y deshaga de mí y de cuanto me pertenece, lo que guste, este es mi fallo como juez, mi contestación como padre, y estos mis brazos para estrecharlo como mi verdadero amigo. Correspondió Pepe aquella insinuación abrazándolo cordialmente, y prosiguió: — Aun no estoy satisfecho, señor Garduño, mi empeño va más adelante, quiero que me haga la gracia de ver antes á mi hija, á la que verdaderamente será de vd. pues hemos determinado que si no fuere de

su gusto, no se lleve adelante dicho matrimonio, y no crea vd. que es pacto nuestro, es condición expresa de ella, pues sin este requisito jamás admitirá ser la esposa de Tacho; en esta inteligencia, espero que me acompañe á calificarla y con la franqueza que acostumbra, sin consideración que tienda á nada de compromiso, me dé su parecer.

— Repito á vd., D. Pepe, lo que le acabo de decir, vd. es padre de Atanasio, apruebo desde ahora lo que haga, mi confianza no es á medias, sería hacerle poco favor y un agravio si yo dudara de su buena fe, y del empeño que tiene en labrar la felicidad de mi hijo; soy su amigo íntimo y nunca desaprobare lo que haga.

— Pero, señor Garduño, ¿no me hará vd. esa gracia? — No, amigo, ni lo piense, mi voluntad es la de vd., excuse sus instancias porque no he de ir; vaya vd. solo y case á su hijo á su satisfacción, yo seré el primero en celebrar su boda, cuente con mi persona é intereses, mande y será servido. — Pues ahora bien, señor Garduño, me ha dicho que es mi íntimo amigo, ¿no es verdad? — Sí, señor, y lo repetiré siempre. — Corrientes, vamos á otro asunto. Trato de establecer á mi hijo Atanasio, le destino para esposa á una muchacha á quien aprecio, puedo llevado del empeño de asegurar á uno y á otra, cometer un error, cegarme el cariño y con muy buena intención tal vez hacerlos desgraciados; para calificar á mi futura nuera necesito de una persona imparcial, de un amigo de mi confianza que me ayude, pues ven más cuatro ojos que dos, en este supuesto vd. señor Garduño, ¿me quiere hacer el favor de ser mi compañero en tan delicado negocio? se lo pido en prueba de su sincera amistad; ayúdeme á labrar la felicidad de mis hijos. — Es vd., el verdadero diablo, D. Pepe, bien hayan sus padres, porque no tiene un pelo de tonto, haré lo que vd. guste, pero sin darme á conocer, y con toda franqueza le diré á mi amigo cuál es mi opinión respecto de su nuera. ¿Cuándo determina vd. que lo acompañe? — Mañana mismo, amigo mío, por un lado saldrá mi señora doña Pomposa, y por otro nosotros. No volveremos á ver á la Rubia pálida pero nos entretendremos con la morena; en caliente se pega el fierro, y á rey muerto, príncipe coronado; saliendo de aquí á buena hora,

y al sobrepaso de su hermoso overo, pronto estaremos en la casa de mi hija.

— Pues voy á que dispongan mis hijas un itacatito porque por esos montes no ha de haber mucho que almorzar. — Que no pase de cualquiera friolera, señor Garduño, porque allá iremos á comer.

Al otro día, á las cuatro de la mañana, se paseaba junto á las ventanas de la casa de doña Pomposa, un hombre montado en un magnífico caballo, embozado en un jorongo del Saltillo, espíó por varias partes y mirando que por dentro nadie se movía se aventuró á tocar por la ventana que le pareció, á los tres ó cuatro golpes se oyó una voz de mujer que preguntaba: — ¿Quién es? — Yo, contestó él de afuera; se abrió un postigo y dijeron: — ¿Qué se ofrece? — Son dadas las cuatro, respondió el interrogado mirando su reloj, y hablando con voz imperiosa: por aquí sale el sol más temprano, cuidado con un descuido, porque el diablo no duerme, me voy al puente. Y picando su caballo se siguió andando de largo. Como á la media hora después, pasaba por el puente una carretela encamisada estirada por cuatro mulitas flaconas, que á fuerza de multiplicados chicotazos parecía que volaban. Una mujer sacó la cabeza y saludaba con la mano al jinete que cual estatua estaba allí inmóvil, vió pasar el carruaje con indiferencia, contestó el saludo enseñando la hoja brilladora de una arma blanca que infundía miedo, á la vez que dirigía una mirada aterradora, y cuando se le perdió de vista soltó una estrepitosa carcajada, guardó su arma, metió espuelas y partió diciendo: — Gracias á Dios que salimos de este enredo, vamos al otro, siempre el diablo será el diablo, pues adelante, Pepe Diablo, acaba de cumplir con tu encargo que más de cuatro recordarán tus diabluras.